Exquisito Florilegio de Máximas Puras

Daniel Hernández Luengo



Sultana del Lago
EDITORES



EDITORES

Exquisito Florilegio de Máximas Puras

Daniel Hernández Luengo

Daniel Hernández Luengo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798851377600
Depósito Legal: ZU2023000201

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Este libro es producto de recopilaciones realizadas a través de los años por la familia Hernández, como también, de investigaciones en diarios y revistas antiguas de Venezuela.

Debido a la limitante ocasionada por la actual pandemia, faltó por explorar una cantidad considerable de periódicos dónde la mayoría de los bardos aquí publicados plasmaron sus creaciones a las cuales no se pudo tener acceso.

Pido a Dios el restablecimiento oportuno para llevar a la luz las analectas faltantes en una segunda edición de poemas, de éstos intelectuales vates unidos genealógicamente y que son orgullo para el Zulia y la nación.

AGRADECIMIENTOS

Con especial consideración debo distinguir la colaboración desinteresada de los eximios:

Lcda. Belkis Rodríguez Suárez
Bardo. Luis Perozo Cervantes
Dr. Tito Balza Santaella

.

DEDICATORIA

A mis ancestros andaluces y libaneses.

PEDRO JOSÉ HERNÁNDEZ MORENO



Madame Macallister
Un sueño sobre sus sueños
La fe de una novia

¿Sabes Laura lo de anoche?
¡Cuánta dicha! ¡Qué consuelo!
Es un portento del cielo
La maga Macallister.
¿Pues, qué es ello?, ¿tu fortuna
en su magia has encontrado?
¿o es que, el seso te ha volcado
con su mágico poder?
¿Qué, no sabes? Pues escucha:
En un sombrero que deja,
de tres que pide, una oreja
de gato introduce. ¿Estás?
Mete enseguida un anillo
de boda y una cadena,
con tripas de berenjena
y bálsamo Fierabrás.
Añade, pulverizados,
cuerno de ciervo y mostaza,
pone ajenjos y potasa
y tres gotas de limón.
Por fin, a tanto ingrediente,
que en vinagre está mezclado,
pone cabello arrancado
de la frente a un solterón;
y con esto y con que el árabe
magical, que halló galante

a Fernando, en un instante
mil golpes diera al reloj;
y con decir, calentando
a fuego lento el sombrero,
chirbiribí primero,
después chirbiribó;
¿qué piensas, di, qué saliera?
¿confites, Julia? - ¡Maridos!
¡Para todas escogidos!
¡Ay, y no fui a la función!
pero advierte que fue un sueño
que tuve anoche, querida;
más yo espero, por mi vida,
ver realidad la ilusión;
que ese portento de magia
de fina gracia y salero,
es capaz, de entre un sombrero,
caja, o pistola tal vez,
de hacer que el mundo aparezca
en un caos convertido,
y se halle el mundo perdido
y oculto dentro de una nuez.
¡Loca! ver eso es más fácil
que ver un mundo ennoviado;
quita allá, que me has chasqueado
y vas tu juicio a perder.
Puede ser que el juicio pierda,
más no pierdo la esperanza;
que ya he visto cuánto alcanza
la maga Macallister.

Metromanía

Cuando a las víctimas
De las Termópilas
Cantó en esdrújulos
El grande Ossián,
Le dio a Demóstenes
Aquel espléndido
Baile de máscaras
El Padre Adán.

Allí vi a Orígenes
El neoplatónico
Cantando jácaras
Al Rey David,
Mientras que Eurídice,
Mujer diabólica,
Cigarro y fósforos
Brindaba al Cid.

Por un periódico
De Sur América
Se supo de Ícaro
La muerte atroz;
Y el griego Heráclito
Con tiernas lágrimas,
Rezó una antífona
Diciendo adiós.

Al piano la ópera
De los dos Fóscari
Cantó el retórico

San Agustín;
Y la simpática
Cleopatra, oyéndole,
Con aire enfático
Tocó el violín.

Guantes magníficos
Llevaba Diógenes,
Sobrero elástico
De Mariscal;
Pero eclipsábanle
Con aire espléndido
Danzando rápidos
Dante y Pascal.

Allí su férvida
Pasión erótica
Reveló Hipócrates
A María Estuard;
Pero de súbito
Sonó la música
Porque Calígula
Llamó a bailar.

Por esto Rómulo
Que con su espátula
Mondaba nísperos
En un rincón,
Tomó el binóculo
Miró las lámparas,
Y salió pálido
De la función.
Quedóse Píndaro

Con las heráclidas
Contando anécdotas
A Juan de Bruel
Sobre unas píldoras
Que contra el cólera
Llevó de América
Víctor Manuel.

Y vio en el pórtico
Que con sus vírgenes,
A Santa Úrsula
Traía Josué,
Hablando trémulo,
Con voz frenética,
Sobre unos dísticos
De Eugenio Sué.

Idilio
Tardes del Lago (Diálogo)

Poeta. - Garza de la ribera,
morena hermosa,
náyade placentera,
que silenciosa
te posas blandamente
en las blancas arenas
del sol poniente:

Di, ¿del lago, zagala,
sobre esta orilla
naciste a ser su gala
por maravilla,
o en pos de algún halago,
de lejano tugurio
bajas al lago?

Zagala. - Del sitio donde el cielo
mi hogar sencillo
guarda, por mi consuelo,
de infausto brillo,
lejos aquí no estamos:
Mira, allí en la ensenada
lo divisamos;

y cuando ardiente el día
cede a la tarde,
la encantada armonía
de que hace alarde
aquí naturaleza,

vengo a admirar,
gozando de su belleza.

Poeta. - Goza, niña inocente,
de tus placeres;
más si eres complaciente
cuan feliz eres,
explícame el encanto
que tanto te deleita
y admiras tanto.

Zagala. - En mi palmar, que adoro,
pobre nacida,
si hay en el mundo ignoro
más grata vida;
más sé que en dulce calma
en estos sitios goza
su dicha el alma:

Que es grato ver a solas
salir a la luna
a bañarse en las olas
de mi laguna,
cuando el terral le lleva
aromas del plantío
que aquí se eleva:

Y los plateados peces
ver, que a porfía
muestran, saltando a veces,
su lozanía;
fingiendo así al desgaire,
ya que ellos no respiran,
burlar al aire.

Y ver que al pez asecha,
capeando al vuelo,
para herirle cual flecha
que cae del cielo,
el ave pescadora
de marinas riberas
habitadora:

Y en plácida bonanza
ver que navegan,
las que la vista alcanza,
que van o llegan,
cien blancas navecillas
cual aves levantadas
de las orillas:

Y escuchar, cuando el viento
duerme en las aguas,
el vagaroso acento
que en sus piraguas
alzan los pescadores,
en lánguidas cantigas
cantando amores:

Grato oír no distante
tórtola bella,
que modula una amante
dulce querella,
de que recibe en pago
el de su fiel pareja
rendido halago:

Del vecino collado,
por la ladera

ver como da el ganado
veloz carrera
a su redil bajando:
cómo los cabritillos
bajan triscando:

Ver viajar en bandadas
inacabables,
de lejos emigradas,
innumerables
palomas que aquí espera
la copiosa simiente
de primavera.

Y es grato solazando
libre de pena,
cuando juega, alisando
la limpia arena
de la playa extendida,
la marota, de blancas
fimbrias ceñidas;

A un dulce pensamiento
cediendo acaso,
ir sobre el pavimento,
trazando al paso
algún nombre querido,
que a vuelta del oleaje
queda perdido.

Y luego placentera,
cuando es la hora,
al hogar do me espera

cuanto se adora,
volver, y cariñosos,
hallar padres y hermanos
también gozosos.

Colmo allí a mi contento
son las delicias
que, tras frugal sustento,
dan las caricias
de su amor sin cautela,
que en departir tranquilo
mi dicha anhela.

Como un sueño rosado
corre mi vida,
en el que yo he soñado
ver sonreída,
contemplando su hechura,
del Creador la mirada
desde su altura.

Más si sólo entre el ruido
de las ciudades
para vos han nacido
felicidades,
de mi dicha ilusoria,
porque no hagáis desdenes,
no hagáis memoria.

Poeta. - Sólo allí la existencia,
niña, es gozosa,
do el alma su inocencia
guarda dichosa;

la dicha mal preciara
si oyéndola en tus labios
la desdeñara.
Cuanto bien se atesora
y al fausto brilla
que a las ciudades dora,
por esta orilla,
con la paz lisonjera
de tu vivir risueño,
zagala, diera.

Aquí, sin más abrigo
que el firmamento,
respirando contigo
tu propio aliento,
mi delicia sería
a la luz de tus ojos
mirar el día.

Más ya que a mi destino
debo otra suerte,
al menos de contino
volver a verte
concédele a mi anhelo,
cuando aquí contemplares
tu lindo cielo.

Zagala. - Pues hallé en ti un amigo,
Cuando volvieres
Compartiré contigo
Castos placeres.
¿Volverás a buscarme?

Poeta. - ¡Ah! Pregunta si puedo
de ti apartarme.

Tributo de Cariño

A la memoria de la señorita
Ismenia Rincón Oropeza

Cual mansa oveja que en el césped blando,
con que alfombró abundante su majada
la sonrisa de abril, ve regalada
nacer la aurora y colorear la flor;
y no advertido el cazador la hiere,
y en su solaz tranquilo sorprendida
exhala fácil la inocente vida,
sin lanzar un gemido en su dolor:

Así al frescor de la mañana hermosa
de su vida halagüeña, embebecida
la sorprendió la muerte, y sonreída,
pura inclinó su frente virginal.
Así cae la flor al golpe rudo
de inculta mano, en el jardín tronchada;
y muere así, en sus trinos deleitada,
tierna avecilla, herida en su nidal.

Miradla: de sus ojos ¡ay! tan bellos,
creyérase aún no extinta la existencia;
aún destella la luz de su inocencia
sobre esa frente que la muerte heló.
Más ya no alienta, ni el llorar la aflige
de los que amaba ayer y cuyo llanto
su llanto era también; que amaba tanto,
cuanto era dulce el genio en que abundó.

Venidla a ver los que a sus altos dones
tributo de cariño habeís rendido;
venid cual yo, con llanto dolorido
su funerario lecho a bendecir.
Es el postrero adiós… A no más verla
del sumo ser la providencia obliga.
¡Es el postrero adiós…! ¡Ismenia amiga,
tu corona de Dios ve a recibir!

A la niña Alice
de la compañía "Keler"

Niña, que, aún niña, sabes el arte
de hacer cautivos los corazones,
cuando al Olimpo sueles lanzarte
o al Cristo sigues entre baldones;
ora voluble quieres mostrarte
burlando amores y pretensiones;
o bien las armas ciñas de marte,
o en danza alegre luzcas tus dones;
precoz tesoro de entendimiento,
pasmo de gracias y sentimiento:
Si tu edad siempre es bella
cuanto inocente,
el don tienes tú en ella
de inteligente;
y quien te admira,
si supieras o ríes,
ríe o suspira;
que eres simpática,
como el ambiente que en los pensiles
besa a la rosa fresca, aromática.
¡Niña garrida,
como son bellos tus siete abriles,
de dicha el cielo colme tu vida!

Sueños
(En un álbum)

Soñaba yo que al clarecer de un día,
tras grata noche de expansión y gozo,
mis ojos al volver con alborozo
de la aurora al magnífico dosel,
en terso nácar de purpúreas fimbrias,
con ígneos caracteres dibujado
por un ángel, tu nombre allí grabado
miré y mi vista deleitóse en él.

Soñé una flor que al beso silencioso
que el céfiro en sus pétalos prendía,
sobre el tallo gentil se estremecía,
vertiendo aromas que en su seno crio;
y los vívidos tintes de su cáliz
al querer contemplar, me revelaron
signos que allí los genios ocultaron
y en que tu nombre mi ansiedad leyó.

Del umbrío boscaje en la espesura
el alegre gorjear, dulce, armonioso,
soñé escuchar, que al rayo esplendoroso
de la luz matinal da el ruiseñor;
y con deleite, en sus variados trinos
al detener mi oído, que entendía
soñé también, lo que decir quería,
y tu nombre gorjeó el dulce cantor.

¡Oh!, ¡que mucho, exclamé, de mi sorpresa
en el rapto feliz, que enajenado,

mi cariño a tus pies haya ofrendado,
si aurora y ave y flor te aman también!
¡Oh! sí, es amor lo que en oriente miro,
lo que leo en la flor y al ave entiendo:
Cielo, ave y flor tu nombre repitiendo,
aman tu gracia y tu virtud, mi bien.

La vuelta a la patria

¡Arriba, marineros!
que ya la noche huyó cediendo el día,
y huyeron los luceros
que antes del alba había.
es hora de arribar. ¡Ea! ¡Alegría!…

Mira, mira blanqueando
las altas torres de mi nativo suelo,
que ha tiempo, suspirando,
con pesaroso anhelo,
volver a ver hemos pedido al Cielo.

Mira surgir, en tanto
que raudal lleva nuestra proa al viento,
la playa que con llanto
de horrible atroz tormento
regamos de partir al cruel tormento.

Idos de la memoria,
tristes recuerdos del pesar sentido,
y este instante de gloria
no sea interrumpido:
Idos, volad donde el pesar es ido.

Allí está la colina
adonde otros días demandaba
el aura vespertina,

mi sien que se abrazaba,
el suave aroma que al cruzar llevaba;

Y adonde enamorado,
la vista en torno al dirigir, sentía,
de gozo enajenado,
que nada creado había
tan bello, Dios, como la patria mía:

Imagen de una hermosa
en su lecho de arena reclinada,
de leve y vaporosa
túnica azul velada
y al susurro de la onda embelesada…

Los altos masteleros
de cien y cien bajeles que a porfía
columpiase altaneros,
al ancla en la bahía,
ya la luz miro de tan fausto día

Mira: ya de la tierra
una avecilla allí viene volando…;
sus lindas alas cierran
y en la gavia posando,
mensajera de la paz, llega cantando.

¡Llega, avecilla, y canta!
¡Salud a ti! ¡Salud, dulce viajera!
Tu vista, ave, me encanta,

porque eres la primera
a festejar la dicha que me espera,

¡Oh! ¡Cómo sopla ahora
fresca la brisa, en átomos alzados
la ola bullidora
que salta jugueteando,
nuestros rostros con ella acariciando!

¡Cuán bella la mañana
se goza así mirando al sol naciente,
de la ciudad cercana
aparecer, luciente
de joyas mil la coronada frente!

Ya se escucha el ruidoso
infatigable afán en que se agita,
activo y bullicioso,
el incesante grita,
el pueblo ardiente que ese suelo habita.

Ya la voz del barquero
"¡Listo a soltar el ancla!" ha prevenido
y cada marinero
a su puesto ha acudido
¡Hurra otra vez! ¡El viaje está rendido!

¡Fondo! por fin ordena
del piloto la voz: súbito arriada
con ruido la cadena,

cae al agua arrojada
el áncora, y la nave están fondeadas…

¿A dónde está, me dices,
ese que vi con anheloso empeño
de esperanzas felices
panorama risueño?
¡Ay de mí!... no es verdad sólo fue un sueño.

Querella de un triste

A mi amigo el señor José Ramón Yepes

Mientras con soplo leve
la embalsamada brisa, jugueteando,
la palma altiva mueve
y pasa murmurando,
de la callada noche respetando
la majestuosa calma,
y en el dormido lago se desliza
y su linfa, al pasar, columpia y riza;

y en el sabroso nido,
en mecedora rama al aire alzado,
se escucha el dulce ruido
que, en sueño regalado,
ofrece el pajarillo descuidado,
si el aura aduladora
le mueve y acaricia blandamente
y él su contacto, sorprendido, siente;

fija en la azul techumbre
del ancho mundo, límpida y serena,
con honda pesadumbre,
con devorante pena,
la mirada febril de llanto llena.
un desdichado amante
así deplora su infeliz fortuna,
la voz alzando a la argentada luna:

-Ya vienes, fiel amiga,
del corazón que dolorido vela,
vienes a que te diga
que mi dolor te anhela,
porque tu vista al infeliz consuela,
y hasta el llanto embelleces
de quien en triste soledad suspira,
si brillar a tu luz su llanto mira.

Vienes veloz surcando
del claro espacio el piélago sereno,
por ofrecer, llegando,
tu rostro de luz lleno,
a los que duelos llevan en su seno,
y en dulce compañía,
mensajera de Dios al hombre enviada,
trocar su soledad desconsolada.

Y ni estorbos ofrecen
a tu infalible rumbo, en su alto vuelo,
las nubes que aparecen,
raudas surcando el cielo
y que ruedan en sombras por el suelo,
si cruzan tu camino
y un rayo de tu mágica mirada
las hiere al paso en fuga apresurada;

ni que tus alas bellas
en lago y fuente y río y mar rielen,
impiden las estrellas

innúmeras, que suelen
antes latir que sus fulgores velen,
bañando la alta esfera,
tus luminosos, nítidos reflejos,
tu grato arribo al anunciar de lejos.

¡Oh, cómo el prisionero,
por la alta reja de su estrecho muro
al mirar placentero,
desde su lecho oscuro,
tu destello asomar, radiante y puro,
revive en su congoja
y, treguas dando al pecho la amargura,
a Dios bendice, que en tu luz fulgura!

Y el nauta que, alejado
de su playa y su amor, en la onda inmensa
surcando va engolfado
y en sus amores piensa,
opresa el alma de zozobra intensa,
sobre el mecido puente,
reclinado, recobra su alegría,
si a ti su amor y su pensar confía.

Tal el proscrito alcanza,
cuando en la playa hospitalaria gime,
volver a la esperanza
que del dolor redime
con que la falta de la patria oprime,
al ruido de las olas

haciéndote la triste confidencia
de los recuerdos de su ingrata ausencia.

Y hasta quien llanto vierte
sobre la tumba, al corazón querida,
do le ocultó la muerte
prenda de amor perdida,
siente que das al alma entristecida
la calma indefinible
con que tierna amistad brinda el consuelo,
su tristeza hermanando y nuestro duelo.

Yo no lloro cautivo
mi dulce libertad, ni en hondos mares
entre zozobras vivo,
ni gimo por mis lares,
ni alimenta una tumba mis pesares:
más vivo en desventura,
de quien fue mi ventura ya olvidado
y de tristes recuerdos agobiado.

Y cual en otros días,
cuando gocé a su lado hora por hora,
en las delicias mías,
alegre y brilladora,
venías a gozar, vienes ahora
a que llore contigo
mis horas de amoroso arrobamiento,
en que oí de su amor el juramento.

¡Luna, bendita seas!
más ¡ah! si, por acaso, penetrando
donde a las ingratas veas,
vieres que, reposando,
mientras yo velo aquí, vive gozando,
haz porque sepa, al menos,
que, si es dichosa la que tanto adoro,
¡tregua en su dicha encontrará mi lloro!

Dijo, y de alto seno
brotó abundoso el reprimido llanto;
que en vano el pecho, lleno
del bárbaro quebranto
que halla en verse olvidar, quien ama tanto
a quien su amor olvida,
creerá encontrar consuelo a su amargura,
si ella olvidando encuentra su ventura.

Tú eres más bella

¿Ves cómo al nacer la aurora
se decora
con apacibles colores,
que las flores
quisieran robar al día?
¡Bella es la aurora, alma mía!

¿Ves cuál asoma la luna,
sin que una nube importuna,

cruzando el límpido cielo,
ponga un velo
sobre su rostro de plata,
que retrata,
de su brillo enamorado,
nuestro lago, sosegado
como el sueño
de pura y casta doncella?
¿Ves, mi dueño?
¡la luna también es bella!

¿Ves cuál luce la pradera
de mañana,
cuando el sol baña la esfera
y ostentosa
se engalana
para mostrarse lujosa
con las flores y el rocío?
¡es preciosa
la pradera! ¡si, bien mío!

¿Oyes la grata querella
suplicante,
que, del bosque en la espesura,
lanza la tórtola bella
con ternura,
cuando acaricia a su amante?
Esa queja tan sentida
¡qué dulce es, prenda querida!

Pero si es bella la aurora,
muy más bella
es de tus ojos, hermosa,

la mirada encantadora,
si amorosa
tu amor me envías en ella.
¡Es divina!
Su luz al alma fascina,
y, aunque en ella arder me siento,
vivo de su luz sediento.

Ni aquesa luna apacible
que, brillante,
refleja su luz serena
en la linfa bonancible,
de luz llena,
es, cual tu rostro, radiante,
vida mía,
cuando, en plácida alegría
yo a tu lado
te contemplo enajenado.

Ni en las flores que, vistosa,
la pradera
de abril viste en la mañana,
fresca y lozana vi rosa,
que así fuera,
como tú, fresca y lozana.

Ni ese canto con que el ave
sus amores encarece,
lisonjera,
tiene ese acento suave,
que embebece,
de tu voz, dulce, hechicera.

Que no dio naturaleza
tu belleza
ni a la luna, ni a las flores,
ni a la aurora,
ni a la cantiga sonora
con que expresa
la tórtola sus amores.

Bendición de año nuevo

A mi hija Magdalena

Hija del alma mía,
Ven y tu frente, en que destella hermosa
La luz del nuevo día,
Sumisa y pudorosa,
dame que bese en dádiva amorosa.

Deja que te bendiga
¡de amor del alma en acendrado acento!
En que el labio te diga
¡Como pido sediento
tu dicha al que dio luz al firmamento!

Cual nube que, llevada
De raudo viento, en los espacios rueda
Y en breve disipada
En el espacio queda,
Sin que en su curso detenerse pueda,

Así ya tu inocente
Vida infantil del tiempo en lo profundo
Rodó rápidamente;
Y en pesares fecundo
Surge a tu vista el insidioso mundo;

Y no veré en tu labio
Ya la del niño angelical sonrisa,
Que, en dulce desagravio,
Al corazón avisa
Que el placer en la vida se divisa.

¡Oh! Cómo dentro el pecho
Late turbado el corazón amante
Al ver así desecho
Ese ayer de un instante
¡Y ese mañana incierto ver delante!

¡Cuánto por tu destino
Se afana mi razón en su ignorancia,
Pretendiendo el camino
Adivinar con ansia
que has de seguir, midiendo su distancia!

Porque ¡ay! esa de flores
Cubierta senda que llamamos vida,
Cuando de mil colores
La miramos lucida,
Como en la aurora púrpura teñida,

Vela en sus mil halagos
Mil ignotos abismos al viajero,
Sucesos mil aciagos
Y un áspid traicionero
Tras cada nuevo encanto lisonjero.

Del vicio entre acechanzas,
Con paso frágil la virtud camina,
De pérfidas mudanzas
En la abundosa espina,
Y así la vida en el dolor termina.

Y asusta, vida mía,
Mi paternal solicita ternura
al presentir que un día

En honda desventura,
Débil, te arredre la tormenta oscura,

Bien cual amante cierva,
Que entre escarpados riscos se abalanza,
Su cervatillo observa
Que, escasos de pujanza,
Tal vez el riesgo a superar no alcanza.

Caro entonces pago,
Si pienso tal, los plácidos instantes,
En que, al risueño halago,
De tus caricias de antes
Vertí de gozo lágrimas amantes.

Y la sin par dulzura,
Con que al regazo maternal mecida
Te vi por mi ventura
Al empezar tu vida,
Siento en zozobra y duda convertida…

Más ¡ay! porque al tormento
De columbrar el mal en lontananza
Se entrega el pensamiento,
Si la fe y la esperanza
¿viven también para inspirar confianza?

Ven, y que te bendiga,
Amor de mi alma, en acendrado acento,
En que el labio te diga
¡Cómo espero sediento
tu dicha del que luz dio al firmamento!

Tú me alientas, Dios mío,
Cuando el temor depongo. En la tormenta
Que tu guiarás confío
La débil nave, exenta:
¡Su fe conforta, su virtud sustenta!

Contra la inmensa turba
De maléficos genios tentadora,
Que toda paz conturba,
-Mi labio ¡oh Dios! te implora-
¡Ofrécela tu diestra protectora!

¡Jamás toque su frente
La mano del oprobio emponzoñada,
Ni la agobie inclemente,
Contra mi amor airada,
del infortunio la feral mirada!

Logre así de la vida
En el combate, espléndida victoria,
Bajo tu santa egida:
Y honra habrá su memoria,
Y tu gloria, Señor, será su gloria.

¡Hija del alma mía,
Ven y tu frente, en que destella hermosa
La luz del nuevo día,
Sumisa y pudorosa,
dame que bese en dádiva amorosa!

Lágrimas del destierro

Para el álbum de mi hija Emiliana

¿Dónde está madre mía,
La azul laguna,
Do vi triste una noche
Rielar la luna,
Cuando, a su brillo,
La patria orilla hundirse
llorando vimos?

Y las altas palmeras
Que en su gemido
Melancólico imitan
El dulce ruido
Con que a las olas
Los céfiros festejan,
¿Do están ahora?

¿Qué fue de los alegres
Bellos turpiales
De vívidos colores,
Que, sus nidales
Dejando lejos,
A ofrecernos volaban
dulces gorjeos?

Y aquellos marineros,
Que, de las olas
Al compás, entonaban
Sus barcarolas
Cuando, en las noches,

Balanceaban sus remos,
¿Cómo no se oyen?

¿Do está el templo vecino,
Que, en las mañanas,
Con el vibrar sonoro
De sus campanas,
A prosternarse
Convocaban a los fieles
en sus altares?

Di, madre, ¿volveremos
allá algún día?
¡Cuánta fortuna fuera!
¡cuánta alegría!...
Pero, ¿no me oyes?
¡tú lloras! ¿qué te aflige,
madre? ¡No llores!

-Lloro, hija mía, el hogar
Do tu quisiera volver;
Lloro la dicha de ayer
Y la angustia de ignorar
Lo que tu anhelas saber.

Lloro porque me habla en ti
De la patria el santo amor,
Y su voz renueva en mí
El hondo acerbo dolor
Que al darle mi adiós sentí;

Que es la patria, ¡ay! cuanto bien
atesora el corazón;

y que viertan en razón
los ojos que no la ven
llanto de amarga aflicción;

que en ella vivas están,
mientras nos dura el vivir,
cuántas causas de sentir
gozo, ventura o afán,
dejamos ahí al partir:

La estancia que se esparció
Nuestro gemido al nacer,
La cuna que nos meció,
El aire que nos nutrió
Y el sol que nos vio crecer;

los lugares mil y mil
del arenal en que fue
impresa, leve y sutil,
en loca zambra infantil,
la huella de nuestro pie;
los campos que su verdor,
su galana esplendidez,
entre tanta y tanta flor,
dieron a nuestra niñez
y su sombra a nuestro amor;

los sueños con que falaz
llevó a nuestra juventud,
tras de amor y dicha y paz,
de inquietud en inquietud,
bella esperanza y fugaz;

y hasta el aura que enjugó,
por la mejilla al rodar,
las lágrimas del pesar
con que el mundo perturbó
nuestro risueño soñar.

Recuerdos son, ¡ay de mí!
Que en dulces lazos de amor
Retienen el alma ahí,
Que nunca romperse vi
De dura ausencia al rigor.

Por eso tus ojos ven
Llanto en mis ojos brotar,
Pero ¡tú lloras también!...
¡mal te hice a mi pesar!
¡calla, no llores, mi bien!

-¿Y a la patria volveremos
cuando iremos?
-¡Quizá, un día
de alegría, tal consuelo
nos dé el cielo, vida mía!
-¿Tú lo esperas?
-La esperanza
quien no alcanza, desfallece
si padece; que a millares
sus pesares solo acrece.
-Madre, entonces esperemos,
No lloremos: cese el llanto;
¡Y al Dios santo ruegue el alma,
torne en calma su quebranto!
-¡Sí, bien mío, ven y al cielo

Nuestro anhelo, con fe ardiente,
Dulcemente, nuestro ruego
lleve luego reverente!

¡Dios, de todo consuelo
fuente divina!
Tú, que en la patria encierras
amor y dicha

y ves que, quien ausente
su patria llora,
de amor y dicha en cambio
tiene congojas:

¡Míranos posternadas
Aquí de hinojos,
Que alzamos suplicantes
a ti los ojos!

Danos que vuelvan ellos
a ver el cielo
desde la arena hermosa
del patrio suelo;

que ahí otra vez cantemos
tus alabanzas,
cuando alegre el lucero
brille del alba;

cuando la luna bella
su faz asome,
nuestros labios fervientes
allí te adoren;

cuando su dicha el ave
cante ilusoria,
que ahí en himnos cantemos,
Señor, tu gloria;

¡Y cuando el alma cobres
que de ti hubimos,
la nada cubra el suelo
donde nacimos!

El Rosalito

¡Mamá mía, qué dicha!
¡ya no estoy triste!
-¿Y qué?- ¡Mi rosalito!
¡Qué! ¿No le viste?
Ven, mama mía:
Tiene un botón ¡que hermoso!
¡Virgen María!

Anoche ¿ya te acuerdas
que yo lloraba?
-Si, en sueños: ¿qué soñaste?
-que se secaba
mi rosalito.
¡Qué embusteros los sueños!
¡pobre arbolito!

-De tu pena el motivo
ya desaparece,
pues, en vez de secarse,
ves que florece.
-¿Más por qué ha sido,
aún no lo sabes, madre?
No lo has oído.

Cuando tu interrumpiste
mi amargo llanto,
¡quedé tan angustiada!
¡lloraba tanto!
Y, en mi agonía,
Mi ruego alcé a la virgen
Santa María.

¡Madre, le dije, madre!
Que no sea cierto,
Que mi rosal del alma
Mire yo muerto
Y placentera
Colocaré en tu imagen
Su flor primera.

¿Y ves como la virgen
oyó mi ruego?
-Si, mi alma, y fue tu llanto
Fecundo riego;
Que ella, clemente,
Torna en riego fecundo
Llanto inocente.

-¡Qué bellas en el cielo
Serán las flores,
Si las cuida quien hace
tales primores!
-¡Oh!, sí muy bellas;
Pero es la virgen madre
Más pura que ellas.

-Cuando sea este pimpollo
Flor acabada,
La llevaré a la virgen
Y, arrodillada,
Diré gozosa:
Aquí tienes, oh madre,
Mi primera rosa.

-Y pídele su amparo,
dulce ángel mío,

que de insidias te libre
del mundo impío;
que tu inocencia
bajo el escudo tome
de su asistencia;

¡que viva siempre pura
tu alma inocente,
y sean en sus altares
digno presente,
como hoy tus flores,
mañana las primicias
de tus amores!

¿Y a mí no me das nada?
No, mi embeleso
-no he de darte, ¡un abrazo
toma y un beso!
-gozo infinito
-y ahora a regar vuelo
mi rosalito.

Alborada de la muerte

-¡Madre, me muero! ¡En mi pecho
pon tu mano, madre mía!
Pronto la extrema agonía
Helará mi corazón.
-Amor mío, ¿qué te duele?
Tu pecho respira en calma.
-Me duele ¡ay! Me duele el alma.
-¡Señor, calma su aflicción!

-¿Madre, lloras? –No… orando
Estoy al Dios poderoso.
-¡Ruégale acoja piadoso
el alma que a él va a ascender!
¿Has, dormido, pobre madre?
-No, he velado tu sueño.
-¡Ay! tan amoroso empeño
va en breve inútil a ser.

¿Oyes, madre? ¿Por quién dobla
tan fúnebre la campana?
-No dobla: es de la mañana
La cristiana invocación.
-¡Cuan triste suena en m oído!
¡oremos, pues, madre mía!
-Oremos: Ave María…
-¡Madre, a mi tu bendición!

-¡Reina del cielo, tu gracia
presta a mi labio doliente!
¡Dios santo, selle su frente

con mi beso tu piedad!
-¡Cuánto a mi espíritu alienta
tu beso de amor postrero!
-¡Cifra del dolor primero
de dulce maternidad!

-Mañana, sobre mi tumba,
dirán: "¡Pobre flor, tronchada
luciendo apenas rosada
su aurora de juventud!"
¡Qué triste es dejar la vida
cuando tan bella se sueña!
-¡Hija mía, más risueña
principia en el ataúd!

-¿No escuchas tristes gemidos?
-No, estás alucinada;
es que cantan la alborada
las aves en el vergel.
-¡Nunca tan triste cantaron!...
es que anuncian mi agonía.
Si saludaran al día,
fueran alegres como el…

¡Ya cambian!... ¡dulces cantares!...
¡Qué bello azul!... ¡cuántas flores!...
¡Qué magníficos fulgores!...
¿Ves un ángel?... viene aquí…
¡Me llama! Adiós… ¡Ah! no llores,
¡que soy feliz… madre… mía!...
-¡Muerta! ¡Ampárala, oh María!...
¡Señor, ten piedad de mí!

A la muerte del sentido joven

Br. José Antonio Jones. Primer presidente
de la Sociedad Literaria "Eco de la Juventud"

¿Qué anuncia a los mortales
ese clamor que de continuo llega,
doliente, al alma desde la alta torre,
y mientras duelo y pesadumbres riega,
lento a perderse en los espacios corre?

Es el adiós postrero
con que al adiós responde lastimero
de quien voló a la eternidad profunda,
la piedad del cristiano reverente.
¡Y era ayer un mancebo generoso
el que la eternidad ya hundió la frente…!

Del genio de las ciencias precedido,
toca a las puertas del saber. Su anhelo
lleva su vista al cielo;
de fe en el provenir su pecho henchido
por la esperanza animadora expresa,
que sus resueltos pasos encaminan;
ya el umbral atraviesa,
brilla en su frente ya la luz primera…
¡Más la muerte le asalta en su carrera:
le hiere, cae, y su vivir termina!
así el sediento cervatillo, ansioso,
en el calor de la abrazada tierra,
baja de la alta sierra,
enhiesto el cuello, el paso presuroso;
así a la vista de arroyuelo manso,

alegre y descuidado, a su corriente
se llega sin descanso,
hasta saciar la sed que ávida siente;
más ¡ay, cuitado! el cazador le asecha,
velado del ramaje en la espesura
y, cauteloso, descargar procura
en descuido mayor golpe más cierto;
mientras en el susurro embebecida
con que el agua serpea,
la víctima atisbada se recrea
en falsa soledad… Súbito suena
el no esperado ruido. El aire hiende
el mortífero dardo, y en la arena
rodar inerte el bebedor se mira,
que, ansiando vida, al saborearla espira.
¡Esa es la vida: en su razón el hombre,
como en su instinto el bruto, caminando
el uno en pos de glorias y renombre,
la sed y el hambre el otro sustentando,
se engolfan a porfía
sin saber dónde van, dónde los guía
su afanoso correr, incierto y ciego;
y entrambos vacilando,
por fin de su anhelar van, luego a luego,
el término a tocar de la existencia
que Dios les mide en su inefable ciencia.
Si esa es la vida, en fin; si así fallecen
la halagüeña esperanza
y el lustre y fama con que el genio alcanza
a coronar su generoso empeño;
¿Por qué, Dios soberano,
ese anhelo de gloria al ser humano,
y ese amor a lo bello que divisa,

le diste aquí, do la esperanza es sueño?...
¡Oh! no llorará el corazón herido
al ver de un golpe en el sepulcro hundido
todo un glorioso porvenir risueño!
ni ese llanto que vierte
la pesarosa juventud, regado
sobre el despojo que dejó la muerte
del que ayer sonreído contemplaba,
corriera desatado
para aliviar el pecho desgarrado
por el dolor de la eternal partida;
ni en funeraria pompa
se viera una ciudad enternecida…
Más es fuerza llorar, si amar es fuerza
cuanto en el mundo nuestro amor cautiva:
que perdemos un bien en lo que amamos
y queda siempre viva
la memoria del bien que malogramos.

El gemido de la tarde

Cuando baña el sol poniente
los campos del patrio suelo
de su ya expirante lumbre
con los pálidos reflejos,
se oye allí, triste, vago,
indefinible lamento,
que el llanto remeda a veces
de una tórtola en su lecho,
o del amor de una virgen
el casto suspiro tierno,
o ya el gemido que un niño
lanza en su cuna entre sueños,
o el eco dulce, armonioso,
de alguna flauta a lo lejos.
¿De dónde ese acento sale?
Me fue difícil saberlo
sin que alguien me lo explicara;
y aunque otros, dicen, creyeron
que era el eco misterioso
de ese voluptuoso beso
que en nocturna despedida
da a las flores del desierto,
entre amoroso deliquio,
en sus corolas el céfiro,
o el halago que el follaje
hace a la sombra el secreto,
o, a los sidéreos fulgores,
de la fuente los festejos,
porque flor, fuente y follaje,
con vago estremecimiento

parece como que exhalan
ecos de amor de su seno;
es que flor, follaje y fuente
tiemblan al mágico efecto
del que se oye, triste, vago,
indefinible lamento,
que viene amargas memorias
a despertar luego a luego
de amores, dichas y goces
que en duelo se convirtieron;
profunda melancolía
así en sus senos vertiendo.
Es fama que nunca escucha
el melancólico acento
quien de otro ser se acompaña
en sus campestres recreos;
que, de toda voz celoso,
si la oye, guarda silencio.
Ni llega nunca al oído
de quien, mirando aquel cielo,
no pueda decir: mi infancia,
mi juventud, aquí fueron.
Era yo niño: una tarde,
tarde de tristeza y duelo,
le oí al volver silencioso
al hogar, brillando el héspero;
y, curioso como niño,
y, como curioso inquieto,
"¿Quién es?" pregunté a mi madre,
que ya le oyera primero
en sus tardes de tristeza;
y dándome un dulce beso,
"ese es" mi madre me dijo,

EL ÁNGEL DE LOS RECUERDOS.
- ¿Dónde vive? – En el espacio.
- ¿Qué hace allí? – Mirando el tiempo;
ajenas dichas llorando
y amores que en un tiempo fueron,
y de inconstancias y ausencias
arroyos de llanto acerbo
viendo correr. - ¿Sólo llora?
-Las almas de los que el suelo
aman de la patria ausentes,
atrae aquí con misterio,
y aquí sus días pasados
dulces, gozosos y bellos,
les recuerda, porque lloren
al eco de sus lamentos.
Pasaron breves los días
de los maternales besos
y rodó mi tierna infancia
en los abismos del tiempo;
y pasó mi juventud
y con ella sus ensueños,
y tuve días pasados,
dulces, gozosos y bellos,
y siempre escuché en los campos
del querido patrio suelo
el gemido misterioso
del ÁNGEL DE LOS RECUERDOS.
Y un día llegó en que supe…
¡Ah! ¿Por qué llegué a saberlo?
Que quien su adiós da a la patria
y respira en suelo ajeno,
en vano escuchar anhela,
de sus penas por consuelo,

en campos, valles o selvas
el vespertino lamento.
¡Ay! desque vivo proscrito,
jamás ha escucharle he vuelto.

Tus ojos

Si no has de amarme, niña,
cierra tus ojos,
que de amor, con mirarme,
me vuelves loco;
más, si lo cierras,
reflexiona que el día
queda en tinieblas.

El color de la pena
dicen que es negro;
yo, mirando tus ojos,
digo que es cierto,
pues, con mirarlos
comprendí que es la vida
vivir penando.

Los bardos orientales
muchos ponderan,
como bellos, los ojos
de sus gacelas;
más tus miradas
a gacelas y bardos
embelesarán.

Lástima, desde niño,
tuve a los ciegos;
más ahora, como nunca,
los compadezco;
¿qué es más penoso
que no mirar el cielo?
¡no ver tus ojos!

Si Dios, para ofrecerme
la dicha inmensa,
me preguntara dónde
mejor me viera,
yo le diría
que en el mágico espejo
de tus pupilas;

Más, ¡ay! como en la vida
jamás de sombras
la dicha se ve exenta
que el hombre goza,
mucho me temo
que de mi propia imagen
tuviera celos.

Zarandajas

Mire, amigo, deje el muelle,
que, el muelle se ha de acabar;
no hay mal que dure, cien años,
quien viviere lo verá.
La torre de Santa Bárbara
tiene más años atrás,
y, a Dios gracias, se repica
con toda solemnidad.

También se empezó más antes
la casa consistorial,
y el faro que está en Zapara,
y en la Guaira el Tajamar;
y siglo más siglo menos,
todo a su fin llegará
que, aunque los tiempos se pasan,
los días vienen y van...

Certificación

Visto lo que "El Mara" alega
en su manifestación
sobre que la redacción
de "El Mendigo" se le pega;
y que a tanto alguno llega
que se lo dice, en la cara;
certifico en forma y digo:
Ni "El Mara" escribe "El Mendigo",
ni "El Mendigo" escribe "El Mara".

La feria

Si algún diputado
lee lo que está aquí,
allá se las haya;
¡qué se me da a mí!

Si en noviembre saca cada
cual su brollo
y este lleva un bollo
y aquel una hallaca:
si don Toma y Daca
legisla por sí;
allá se las haya
¡qué se me da a mí!

Si aquel don Coroto
lleva el privilegio,
que desde el Colegio
ganó por su voto;
si un siglo es el coto,
pues quiérele así;
allá se las haya
¡qué se me da a mí!

Si crearen destinos
haciendo sus cuentas,
para dar las rentas
a los más ladinos;

de los golondrinos
al más baladí,
allá se las haya
¡qué se me da a mí!

Si en postes de vera
machacan quesitos,
y en flautas y pitos
y en pábilo y cera,
la provincia entera
larga el quilo allí;
allá se las haya
¡qué se me da a mí!

Si porque esto digo
que me importa nada,
la lengua cortada
del pobre mendigo
quiere algún amigo
firmado A. I;
córtenla si quieren
¡qué se me da a mí!

A la memoria de la señorita Encarnación Angulo

Como la flor, que en el pensil mecida
por el aura apacible acariciada,
suave aroma despide y fresca vida
ostenta regalada; y súbito segada
por inexperta mano desprendida,
al golpe ruda de la hoz cortante,
tal fue su vida en el postrer instante.

Venidla a ver, hermosas compañeras,
de su florida juventud lozana,
que lágrimas sinceras
por su muerte vertéis. La parca insana
no ha turbado su cándida sonrisa:
en sueño dulce y blando
parece que su mente se desliza,
en plácidas visiones y risueña,
leda se goza en la ilusión que suena.

Admiradla después en raudo vuelo
la sien orlada de brillante aureola,
cruzando el éter remontarse al cielo
do en magnífico alcázar el eterno,
cual solicito esposo recibióla
y en su regazo tierno
el don le ofrece de su amor divino;

y en los celestes coros su ventura
oye cantar con plácida dulzura,
que así la providencia
ensalza su virtud y su inocencia.

El llanto suspended.- cese ya el duelo;
no la lloréis, que su letal caída,
del tedio mundanal dulce consuelo
la ofrece en nueva vida.
La muerte sólo espanta
al que impío, de Dios la ley quebranta;
más de la virgen casta, cuyo seno
sólo el candor y la virtud encierra,
de su inflexible alfanje el golpe rudo
el ánimo no aterra,
que mensajero del feliz destino,
de eterna beatitud le abre el camino.

Allí cual pura fulgurante estrella,
con luz perenne inextinguible brilla
esa por quien lloráis casta doncella,
que visteis sin mancilla.
Envidiad su destino venturoso,
imitad su virtud sublime y pura
y vuestro labio en cántico armonioso,
en himno de alabanza,
celebre el triunfo que en la gloria alcanza.

Travesuras del eco

Bosque ameno, a cuya sombra
hoy vio declinar el día
la bella adorada mía,
¿dime si en mi amor pensó;
si a esta encina reclinada,
cuando aquí viene, suspira
por quien con ella delira
y cuya alma aprisionó?
—No.
¿No? ¡Qué escucho! ¡Quién aleve
así su lealtad difama!
No suspira quien no ama,
y ella su amor cifra en mí;
las dulces horas que amantes,
aquí gozamos contentos,
¿nuestros mutuos juramentos
pudiera olvidar así?
—Así.
¿Será cierto? ¿Y estos sitios,
y estas aves, y estas flores,
que guardan nuestros amores,
contempla de mí olvidada?
¿Y el murmurio de esa fuente
repitiendo nuestra historia
nada dice a su memoria
de esa historia apasionada?

—Nada.
Mas ¿quién eres?, ¿di, quién eres,
que así mi dicha torturas
aquí, donde en sus ternuras
el alma la dicha halló?
¿quién eres, di, porque sepa
que no es tu voz de mi mente
una ficción que doliente,
alucinada creyó?
—Yo.
¡Rival, tal vez, que me envidias
de ser su dueño la suerte,
y que sabes que es mi muerte
el juzgar su pecho impuro!
Jura, si no, que no mientes
y que es cierta a su mudanza;
que burla infiel mi esperanza
y que es su labio perjuro.
—Juro.
¿Con que es verdad, ¡suerte fiera!,
que mi gozo delirante
torna en duelo la inconstante?...
De angustia mi pecho estalla.
¡Así, pues, quien fiel navega
en el mar de los amores,
de una ingrata a los rigores
en negra perfidia encalla!
—Calla.
¡Si, por Dios! Callar es fuerza,
porque mi queja doliente

no llegue ¡ay! a la inclemente
de su veleidad en pos.
Lejos de su vista, lejos
he de llevar mi amargura,
más aún en mi desventura
su dicha pediré a Dios.
—Adiós.

La maracaibera

En esas lindas mañanas
en que mariposas mil,
flores de aéreo pensil,
varias, vistosas, galanas
como las flores de abril.

En los aires revolando,
hacen la gala del día;
y raudales de armonía
vierten las aves, cantando
con dulce melancolía,
¡cuántas aquí ven bellezas raras,
de la estirpe donosa de los Maras!

En ese mediar ardiente
del día, en que el arenal
lanza, del zenit candente,
su rayo el sol tropical,
y reverbera en la fuente.

Cuando a la sombra se acoge,
solaz buscando y holgura
la fatigada hermosura,
como el ave se recoge
bajo techo de verdura,
sumida en indolencia soberana,
¡qué bella está la neo-veneciana!

En esas tardes que el cielo
de gasas de cien colores,
que dan envidia a las flores,
ante el sol corre ancho velo,
que apaga sus resplandores.

Mientras cruzan en las aguas
del lago, de ciento en ciento,
con undoso movimiento,
como cisnes, las piraguas
que impele silbando el viento,
¡cuán grato es ver risueña en la ribera
la amorosa y gentil maracaibera!

En una noche serena,
de esas noches que la luna
poetiza, cuando llena
de su luz la azul laguna
y el aura en las palmas suena.

En que el pájaro marino,
nauta del espacio, vuela
y en su diáfano camino
canta, y cantando revela
la dicha de su destino,
¡cómo en redes de amor prende las almas
la silfa pudorosa de las palmas!

Cuando, sencilla pastora,
del campo entre galas crece
y entre flores amanece
jugueteando, bella flora
que a sus flores se parece.

Cuando canta sus amores
en su estancia solitaria,
rival de los ruiseñores;
cuando al Dios de sus mayores
alza férvida plegaria,
¡cuánta dicha en el alma se atesora
de la hembra occidental encantadora!

Bajo el cielo transparente
de este Edén del Occidente
la mujer nace y se cría
para dar al alma ardiente
veneros de poesía.

Que es ella quien da su encanto
a las horas de placer;
quien al triste enjuga el llanto;
quien al ave inspira el canto
con sus cantos de mujer:
nueva limniade, que al mortal unida,
le brindas las delicias de la vida.

Como hermana, es amorosa;
hija, su amor diviniza;
ternísima como esposa;
y como amiga idealiza
la mistad, fiel, oficiosa.

Mas como madre bendijo
Dios sonreído su hechura.
No, no alcanza la pintura,
si da sus besos a un hijo,

a retratar su ternura.
Que es oasis de amor la indiana es cierto
de la mundana vida en el desierto.

Si amante el hombre en sus ojos
la luz busca, halla delicias;
y del mundo en los enojos
sus amorosas caricias
vuelven rosas los abrojos.

Allí halla el labio sediento
en la fuente campesina,
a cuyo borde se inclina,
consuelo a su desaliento
con la linfa cristalina.
Su sombra da orgullosa la palmera
por eso a la feliz maracaibera.

En el álbum de Engrancia

Me das, Engracia, este álbum por fineza
una gracia pidiéndome que escriba.
Traducción: que la gracia en el exhiba
que me causan tu gracia y gentileza.

Yo, de la moda en gracia, con presteza,
bien que sin gracia, a complacerte iba,
ensayando esa gracia, más arriba
tu gracia por subir de toda alteza;

más ya con gracia tal ha ensalzado
tu gracia sin igual los que han tenido
este libro a tu gracia consagrado,

con tanto lujo y gracia guarnecido,
que no acierto otra gracia, por desgracia,
a añadir, que exclamar: ¡miren qué gracia!

OCTAVIO HERNÁNDEZ ARRIA



Loa a España

¿A qué ignoto confín o extraña zona
un tiempo ¡Madre Egregia! con tu escudo
el habla rica no fue, que sólo pudo
el fulgor igualar de tu tizona.

Ni cuál te ha visto en campos de Belona
retroceder ante el Azar añudo?
Cid pertinaz, Quijote testarudo,
en sus páginas Clío te pregona.

Si en luchas con tus hijas, luengos plazos
les costó desatar, con impío trueno
y olas de sangre, los estrechos lazos.

¡Gloria a Dios! Que ya ánimo sereno
hoy tienden ellas hacia ti los brazos;
t**ú las acoges en amante seno.**

Consonancias

Siguiendo a Campoamor, yo en general
Digo que Dios, en hombres o mujeres
Pone el talento casi por igual;
Más, entre aquellos racionales seres
Hay tanta criatura irracional
Hasta del propio instinto desprovista,
Que explica bien por qué el naturalista
Enseña que es el hombre un animal.

¡Loor al Maestro Esclarecido!

Irene

I
Amor naciente

A mis ojos un día.
Como dulce visión apareciste
que trocara la noche de mi suerte
en aurora de amor y poesía,
¡oh Irene, Irene mía!
¿Quién me dijera al verte.
que adorarte no más era mi sino,
ni quién a ti dijera
que, desde aquella tarde placentera,
eres la luz que alumbra mi camino?
Más ¡ay! si desde entonces
Numen precioso de mis sueños fuiste,
de entonces lloro triste,
que de mi tierno amor, naciente apenas,
sin ver las glorias sé sufrir las penas.

II
Quejas

¡Oh Irene, Irene mía!
¿Por qué tanta esquivez y desdén tanto?
¿No ves correr el llanto quemando mis mejillas?
¿No ves, cuando me humillas,
impresas en mi pálido semblante

las huellas del dolor?, ¿Quién más amante
a tu beldad sin nombre
rindiera como yo llanto en los ojos
y la indomable dignidad del hombre?
¡Ya ves cuántos sonrojos! . . .
Pero si quieres más porque a mi pecho
el tuyo corresponda,
disponga tu querer, que ya está hecho

III
Esperanza

¡Oh de tus ojos púdicos destellos!
¡Cuánto adivina mi anhelar en ellos!
Los bajas ruborosa,
y de tus labios la encendida rosa
a tus mejillas sube;
más yo a través de tus pestañas miro
y el bien columbro a que en mi mal aspiro.
¿Será que en lontananza
brilla el faro por fin de mi esperanza?
¡Ay! pues, que a tanto padecer me obligas,
si es esta una ilusión, no me lo digas.
Que fuera el colmo ya de tanto daño,
mi esperanza trocar en desengaño.

IV
Medios

Pues bien, si tu mejilla
el rojo tinte del rubor colora
y timidez sencilla
tu labio sella por mi mal ahora,
¡Oh Irene encantadora!
Ven, acércate más; los ojos cierra
sonde el rubor se encierra;
bañe mi sien tu abrasador aliento.
Que el fuego avive que en mi pecho siento;
tus rizos perfumados
sobre mi frente caigan descuidados,
y eso que ya en tus ojos he leído,
dímelo, Irene, dímelo al oído.

V
Sí

¡Dulcísima palabra
con que tu labio mi ventura labra!
¿Cuál celestial acento
hirió jamás el viento,
tan rico de armonía?
¡Oh Irene, Irene mía!
Esa palabra sola de tus labios,
sus antiguos agravios
hace que olvide el alma
y halle por fin la suspirada calma.

¡Repítela en mi oído!
Repítela, mi bien, que a su sonido,
átomo vil el orbe me parece
Que a mis ojos decrece
más y más cada vez. ¿En él qué espero,
si es para mí tu amor un mundo entero?

VI
Locura

¡No pases, dulce instante
en que mi anhelo al fin miro cumplido!
¡Detén el curso tú, fanal brillante
en las etéreas gasas suspendido!
¡No más el orbe alumbre luz febea,
para que eterna sea
esta noche de amor y poesía
que fue mi sueño tutelar un día!
¡Oh Irene, Irene mía!
(¿Quién puede ya negarme ese derecho,
si sólo siente para mi tu pecho?)
Respóndeme, mi bien, si de igual gloria
algún recuerdo guarda tu memoria.
Esa argentada luna
Que tenue claridad nos da oportuna;
esa brisa galana
que penetra a favor de tu persiana;
el éxtasis sublime de tus ojos....
Que, al confundir mi aliento con tu aliento,
se trueca en languidez de arrobamiento

o en expresión de púdicos sonrojos.
Todo eso, Irene mía,
¿No dice a gritos a tu pecho amante,
que no pase este instante,
que no luzca otra vez el claro día?

VII
Epílogo

Despierta, que la aurora
va el firmamento dora
con nueva luz ufana;
ya viene la mañana;
ya va a rayar el día;
Despierta, Irene mía.
Más ay, los ojos que entreabriste apenas,
ya vuelves a cerrar, y me condenas
a no ver la dulzura
que en sus destellos plácidos fulgura.
Callas y el rostro vuelves
y ya le cubres con entrambas manos.
¿Por qué de nuevo en tu esquivez te empeñas,
tras las horas de amor tan halagüeñas?
¡Y callas todavía,
presa de angustia y de mortal quebranto!
¡Y lloras . . . Ay, ¡no turbaré tu llanto,
que es fuerza ya que corra, Irene mía!

Miranda

Le alzó la fama a excelsa nombradía
lejos del cielo que le diera cuna;
más nególe contraria la fortuna
el más puro laurel que apetecía.

¡Ay! que en vano el saber y la hidalguía
con el denuedo militar aduna
de revés en revés, sin gloria alguna,
mártir sucumbe en la prisión sombría.

Más, si hay un genio que tras lucha ardiente,
el lauro de Miranda codiciado
logra en faz del atónito occidente.

¡Para el mártir no hay sombras!... y el pasado
y el futuro a una voz con el presente,
le proclaman patriota inmaculado.

Homenaje a la colonia cubana

La gualda, roja y secular bandera
que al ítalo humilló y humilló a Flandes,
y al libio infiel y al grande entre los grandes,
el galo altivo, vencedor doquiera;

la que besa el Danubio en su ribera
cuando dos cetros, Carlos Quinto, blandes,
sobre las níveas cumbres de los Andes
por tres centurias orgullosa impera.

Más es la Libertad, y se desata
con el límpido azul del océano
del gualda el rojo de la enseña ingrata;

y otro pendón, con mengua del hispano,
del Ávila al Pichincha y al Sorata
cobija hermoso al mundo colombiano.

No ya en oprobio de la hermosa antilla,
cuatro siglos sujeta a servidumbre,
se mire tremolar en alta cumbre
la vieja enseña roja y amarilla.

Que a libertad o muerte sin mancilla
el franjado pendón la muchedumbre,
congrega nueva vez; con nueva lumbre
su ardiente estrella solitaria brilla.

Lumbre inmortal que hasta los muertos baña
con que mostró doquier la raza ibera
al mundo de Colón codicia y saña,

y se alza a mirar con risa fiera
de la diadema colonial de España
desprenderse la joya postrimera.

A nuestra señora de Chiquinquirá

La madre de mi amor que ti creía,
en mi niñez sin lustre, ya lejana,
como a reina del cielo soberana
a orarte me enseño, Virgen María.

Que eres Mística Rosa, me decía,
en cuyo aroma el hacedor se ufana,
y es miel tu cáliz, que conforta y sana,
tus tintes luz que a lo infinito guía.

Hoy que de "ciencia incrédula" al conjuro
se ilustra a la niñez, y, en su arrogancia,
al tiempo mofa de mi infancia, oscuro;

yo, conforme y feliz con mi ignorancia,
tu nombre invoco, de mi fe seguro,
como mi madre me enseño en la infancia.

HERNÁNDEZ, Octavio. "A Nuestra Señora de Chiquinquirá", incluido en la antología de: SEMPRÚN PARRA, Jesús Ángel. **Rosas Marianas**. La Chinita y los poetas zulianos. Maracaibo: Sultana del Lago Editores /Amazon, 2020, pp. 310, p. 77.

Urdaneta

El arrojo marcial que en santa guerra
prez a tu nombre dio, brilló a tu acero,
¿bastará a vincular el alto fuero
de que se ufana la nativa tierra?

Cien paladines más, en llano y sierra
y en río y mar, azote del ibero
también fueron allí; que el juez severo
al bueno inspira y al malvado aterra;

más ciento hollaron en traidor combate
el lauro del valor y la fortuna,
de la ambición cediendo al acicate:

Tú patriota y leal desde la cuna,
cual muro fuiste al sedicioso embate,
y rival de esa gloria no hay ninguna.

Raquel

Para el álbum de mi querida sobrina
Srta. Raquel Rivas Hernández

¡Te recuerdas lo bastante todavía
de tu compendio de Sagrada Historia
(o de Historia Sagrada,
si el giro inglés te enfada)!

Me presumo que no, sobrina mía;
aunque bien sé que adorna tu memoria
un caudal des electa poesía
con otro de bambucos y canciones,
cuyos múltiples sones
al aire dando tu gentil garganta
como hay Dios que me gusta y que me encanta!

Pero es lo más frecuente
en la edad de botón de quien me escucha
mucha novela, mucho
leer, que embarga corazón y mente;
mucho tomo de eróticos suspiros,
y poco florilegio
de aquellos que en infolios y papiros
deleitan a las madres del colegio.

¡Y qué hemos de hacer! ¿Reñir acaso
porque una niña como tú prefiera
subirse a la colina del Parnaso

con un mirón cualquiera,
antes que embebecerse hora tras otra
del otro amado en el coloquio suave,
como solía, en singular cónclave,
siglos ha, la Seráfica Doctora?

No seré yo quien arreglar pretenda
lo que no tiene enmienda,
ni quien, porque ello pase, se sulfure;
¡ay, quien pasan también cosas peores,
y desdichado el que atajar procure
su curso al siglo actual, corcel sin rienda,
libre en el prado pisoteando flores!
¡Siempre acaban en cruz los redentores!
m**ás, para que tu veas**
c**ómo es bueno que leas**
de cuando en cuando la Sagrada Historia
(¡y vuelta al giro inglés, cacho de gloria!),
si es que la tienes en completo olvido,
te diré que ni cierto ni fingido
hay en libros de versos y novelas
de los que son delicias de mozuelas,
episodio de amores más sentido,
rasgo de castidad más elocuente
o del heroico patriotismo ardiente
que arranca a los tiranos de sus solios,
cual los que guarda, en sencillez docente,
el Libro Eterno en sus sagrados folios.

Y en especial, debierais las mujeres,

encantadores seres
que el ejemplo estimula
m**ás que al varón (que suele ser cerrado**
como casco de mula),
de ese libro mil veces consagrado
hacer vuestra lectora predilecta;
que, en sucesión selecta,
por cada Eva curiosa,
por cada necia esposa
cual la del justo Abrahán sobrino
(justo que al fin pecó ¡maldito vino!)
o la que el lecho conyugal, de todo
mancha, trocando su ignorado nombre
en criminal apodo;
por cada ruin Dalila,
la que a Sansón trasquila;
hallarais en las Santas Escrituras
de alteza y de virtud grandes modelos
en aquellas divinas criaturas
encanto de la tierra y de los cielos.

¡Cómo al azar me acuden, y a porillo,
matronas y doncellas
que ni el pincel de Rubens o Morillo
las engendró más bellas,
del espacio moral claras estrellas!
-Ya es Débora, inspirada profetisa,
del pueblo del Señor legisladora;
-ya Meroím, calandria y poetisa,
que alza al Dios de Israel la voz sonora

cuando del rojo mar el triunfo alcanza
y se hunde el faraón con su venganza;
-Seyla, tronchada en flor por el cuchillo
que el voto paternal alzó imprudente,
y en faz del genitor, juez y caudillo,
ni la acobarda del acero el brillo
ni nublos pone en virgínea frente;
-Judith, la que del sátrapa en la tienda
como a rendir la ofrenda
de su virtud penetra engañadora,
y a su engaño sublime,
a su arrojado brío,
cayendo la cabeza del impío,
de esclavitud el pueblo se redime;
-o la casta Susana
(que nombre más hermoso no tuviera),
por quien Daniel su inspiración temprana
muestra, y confunde a la malicia artera;
-o la madre de aquellos que el delirio
de patria y religión alzó al martirio;
m**ás grande en su heroísmo sobrehumano**
con que la horrible destrucción presencia,
que esotras dos, orgullo del romano:
La que infundió a los Gracos su existencia,
la que llevó en su seno a Coriolano;
-o bien Esther, que el homicida acero
no empuña de Judith; el persuasivo
acento sí, que como mieles fluye
de amante labio, y la opresión destruye
tomando al opresor dócil cautivo;

-o aquellas otras que Jesús bendice,
Marta hacendosa, amante Magdalena
y tierna y compasiva Berenice…
¡cuánto eslabón de celestial cadena!
y por divino broche
que su destello singular fulgura
del tiempo antiguo en la cerrada noche,
y en la presente edad, y en la futura,
y mientras haya un Dios, y aunque con mares
de errores la impiedad la tierra invada,
la ¡DONCELLA DE HOREB INMACULADA,
ESPOSA DEL CANTAR DE LOS CANTARES!

Pero, dirás, sobrina,
que el tono serio y el jovial mezclando,
a donde voy con lo jovial o serio
es para ti un misterio
en que estás hace rato cavilando.
Dirás que estas lecciones
de Historia ni otras ciencias cualesquiera
en álbum no se estilan; y razones
mil tendrás para hablar de esa manera.
Más, como yo también tengo la mía,
te arguyo que, pensando en que debía
de tu libro llenar alguna hoja
con flores de mi insulsa poesía,
tu nombre al escribir, con rienda floja
se espació, sin querer, la fantasía;
que es bíblico tu nombre
(como el de tus hermanos) y bonito,

y el que la Biblia piensa, no te asombre
si digo que se engolfa en lo infinito.

¿Quieres esto romper? Pues haz tu gusto
y quede lo que sigue solamente;
pero lo has de escuchar sin ceño adusto
y a mis labios después llegar tu frente.

¿Te acuerdas de Raquel? Una muchacha
que se iba con su cántaro a la fuente;
muy lista y vivaracha,
muy guapa y salerosa,
hija de un tal Labán, que era muy bruto
y además de muy bruto, era otra cosa;
el cual Labán, de su consorcio en fruto,
otra hija tenía
del mismo nombre de tu hermana Lía.
¿Y de Jacob te acuerdas? ¡Guapo Chico!
Le daba por ser rico,
sus camellos tener y sus ovejas,
y sacudir la inquina temeraria
con que Esaú le hacía la contraria
después de lo del plato de lentejas.
Pidióle, pues, su bendición al ciego
Isaac, su padre, y emprendió el camino
de casa de Labán, aquel labriego
de quien era sobrino;
pues el muchacho, corazón de fuego,
ni por labor ni condición se arredra,
y allí riquezas busca y una esposa,

otro ángel de la escala misteriosa
que vio soñando sobre aquella piedra.
¿Y quién este ángel fue? La chica misma
que abrevando en la fuente sus rebaños
miró al llegar, y, ruborosa y bella,
muestra en los tintes que su faz destella
puro candor de juveniles años.

No es mucho aventurar que viéndole ella
se dijo para sí: "Mi primo es guapo;
¡qué boca y, qué ojos tiene!";
y viéndola Jacob: "La prima atrapo,
aunque se oponga tío; me conviene".
y luego de camino
juntos (no sé si piense un destino),
hubo para llegar un largo plazo,
y quizás, si no muchos, un abrazo;
que era pillín Jacob, y muy ladino.
Lo cierto es que el primito, a las primeras
de cambio la pidió con desparpajo,
y respondiéndole el tío: "Como quieras;
m**ás te cuesta siete años de trabajo"**
tal vez un siglo tú lo consideras;
no así Jacob; que el brío le sobraba
para hacer la tarea de una mula,
y hasta (como se dice) la medula
enamorado de Raquel estaba.

¿Y con fe y con amor quién desalienta?
¿Y con fe y con amor qué no se alcanza?

La escala aquella, símbolo de alianza
con el Dios de sus padres, le sustenta;
su amor le infunde ciega confianza
y en medio a las fatigas le conforta,
¿Siete años nada más? ¿Eso qué importa?
¡Ya serás realidad, dulce esperanza!

En efecto, cumpliéronse los siete,
y el mancebo reclama
la clara prenda que persigue y ama,
ganada con lealtad; pero el vejete,
en el lecho nupcial del prometido
forjando engaño vil, con el pretexto
(dice el sagrado texto)
de que antes de casarse las mayores
no es ley establecer a las menores,
como Lía es mayor (¿Ves qué falsía?)
Se la endosa a Jacob por compañera.
(De no ser escribano, Labán era
igual con un político del día).

¡Pero es que era Jacob muy testarudo!
¿Te explicarás, si no, cómo es que pudo
bueno convenio hacer con tal marrajo,
según el cual la esposa apetecida
le viniera a salir?… ¡por media vida!
¿Siete años más de espera y de trabajo?
¡Quién dijo miedo! Así Jacob iguala
de grandes capitanes el empeño;
y es porque mira, en voluptuoso ensueño,

siempre la dulce y misteriosa escala.
¡Poder de la constancia, el más hermoso!
¡De la fe y del amor, el más sublime!
Por él se llama de Raquel, esposo;
por él sus trojes la abundancia oprime;
por él cruza el desierto caravana
inmensa de su larga servidumbre
y, en ricas tiendas acampando ufana,
del sol no teme a la candente lumbre;

Y de Labán, por él, contra la ira
y la persecución, le escuda el cielo
y al enojado hermano afecto inspira:
¡lauros de tanta lucha y tal desvelo!...

¿Verdad, pichona, que la historia es bella
del que prendado fue de su tocaya?
¡Di que te gusta, vaya!
Y oyéndomela a mi gozas con ella.

Pues bien, sobrina mía:
tu padre no es Labán **(¡a serlo, acaso**
otro gallo mejor le cantaría!);
no hay peligro en tu caso,
bien maridada ya tu hermana Lía,
si un Jacob por allí se te depara,
que vengas resultándole tan cara.
Llegue en buena hora ese Jacob; más sea,
si ha de llamarse tu feliz esposo,
logrando en tu cariño alta presea,

a**ún más que el de la Biblia laborioso,**
a**ún más constante en su amorosa idea;**
a**ún más favorecido**
del Cielo en dones de ventura y plata,
que aquel cuyo linaje esclarecido
de Gessén en el campo se dilata!
Y tú, niña sonriente,
que no le vas en zaga a la graciosa
Raquel que halló Jacob junto a la fuente,
s**é para el tuyo entonces el luciente**
arcángel de la escala misteriosa.

Carmen Teresa

Al primer cumpleaños de la niña
Carmen Teresa Delgado Rivas

¡Cómo! ¿Ya empieza,
niña gentil,
la vida tuya
dulce y feliz
aniversarios
a producir?
Tu personita
de colibrí,
como él inquieta,
como él sutil,
así voluble,
radiante así,
¿por qué del tiempo
no ha de evadir
el grave influjo
traidor y ruin?
¡Qué ley tan ruda
la del vivir!
Cuando en tus labios
puro carmín
y en tus pupilas
hay luces mil;
cuando aún el soplo
del cierzo en ti
la sien no empaña

ni toca vil
a tus alitas
de serafín,
¿por qué te empujan
al porvenir
las hijas graves
del tiempo, di?
¿Por qué te llevan
a donde al fin
te espere inerte
la edad senil
que de tus labios
borre el carmín,
quite a tus ojos
sus rayos mil,
que no pudiera
ningún Sansón
zafar el dulce
nudo de amor?

¡Ah! ya te ablandas,
ya vuelvo a ver
risas en tu boca,
perlas y miel.
de tus ojuelos
brilla otra vez
la luz que es nimbo
para mi sien.
Te arrepentiste
de ser cruel

y ya en mis brazos
vienes a hacer
las cien monadas
las gracias cien,
de tu talento
medida fiel,
con que me causas
tanto placer…
¡Ay, niña mía!
¡quién dirá, quién
cuántos encantos
tiene el querer,
m**ás que amarguras**
guarda también!

Si en tus mejillas
de rosicler
hallo un oasis,
hallo un edén,
donde se apaga
mi ardiente sed,
donde reclino
la mustia sien,
¿por qué mis glorias
turban, por qué,
suspiros hondos
del padecer?

Si lo pasado
pasado es,

¿a qué la mente
tórnase a él?...
¡Tres angelitos
cual tú!..., después…
la voz del cielo
¡cuán dura fue!
¡que, a recogerse
llamó a los tres!...

Pero, ¿no miras?
¡qué insensatez!
La nota triste
vuelve al rabel:

¿Cómo me puedes
así querer?
Rompe esas cuerdas
rómpelas… ¡tac!
Sí, que no se oigan
nunca sonar
con esos ayes
en tu natal.
¡Anda, bellita!
¡Totó!..., gua, gua;
mata una pulga,
mata cien más
con tus uñitas
perla y coral.
¿Dónde está Octavio?
¿Dónde está Juan?

¿Por qué la negra
te ha de cargar
sintiendo agravios
tu linda faz
junto a la suya
qué miedo da?
¿La luna quieres?
La cogerás
con esas manos
de malabar.
De los bigotes
tira a papá;
s**ácame un ojo**
si ese es tu afán;
pero en los tuyos
nunca jamás
l**ágrimas pongas**
ningún pesar;
y cuando llegue
la hermosa edad
en que del mundo
vano y feliz
se abran las puertas
a tu beldad,
¡siempre la dicha
s**é de tu hogar**
siendo tan bella
y angelical
como en mis brazos
ahora estás!

y, oye, si entonces
no existo ya,
cabe la tumba
do yazga en paz…
¿Rompes las cuerdas?
Pues ya no hay más;
pero hay… ¡mis votos
que al cielo van
por tu constante
felicidad!

ARMANDO HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ



Tus tres amores

A mi amigo Dr. Gustavo Caufmann H

Yo he vivido Gustavo tu dolor,
navegando en el mar de la ansiedad,
con la mira hacia el puerto del amor
donde el alma comparte soledad.

Pero es difícil llenar ese vacío
que sólo lo llenan tus amores,
el calor de Conny que es rocío
en el triste jardín de tus dolores.

El amor y obediencia de Ricardo,
y de Alfredo el cariño y su bondad,
que apartando del camino el cardo
forjarán para ti, felicidad.

Entonces todo te será alegría
al sentirte colmado de querer,
y tu vida será el hermoso día
que tenga su más bello amanecer.

Evocaciones

Mientras la tarde duerme lentamente
en mí nace interna evocación,
y miro mi yo, presente en el pasado,
recibiendo caricias de mi madre.

Y el espíritu se embriaga en el recuerdo
de verme entre los brazos de mi madre,
en encendida lumbre de emociones
en una sutil efímera apariencia.

Como es de extraña e indefinible
la emoción nacida del recuerdo,
cuando se evoca con dolor del alma,
ese amor de la madre que se ha ido.

Hay un leve disfrute al evocarlo
en solaces breves de una fantasía,
al hallarnos libres de dolores
que desgarran el alma al recordarlo.

A mi padre

Bajo el ramaje de tu árbol de bondad,
yo de su sombra disfrute contigo
cuando lleno de nobleza y lealtad,
me concediste el título de amigo.

Tú eres el ave que en mi triste cielo,
pleno de nubarrones de amargura,
que plenó con el ritmo de su vuelo
un poema impregnado de ternura.

No me dejes beber las soledades
en esta copa llena de tristezas
necesito beber serenidades
en el vaso sutil de tus ternezas.

Apártame las piedras de tu ausencia
y déjame el camino de tu encuentro;
no me prives por Dios de tu presencia
te lo pide el corazón desde su centro.

Equivocada

A Doris Salas

Sola vas por el sendero estrecho,
que trazó tu negro y cruel destino,
con un hombre inútil y deshecho
que sólo fue abrojo en tu camino.

Era un hombre con alma de mujer,
elegante y de porte varonil,
pero frágil muñeco de papel,
de ademanes y forma muy sutil.

Diste abrigo sobre el pecho,
y vivió tu vida en masculino,
y pecó sobre tu mismo lecho
dando al amante peregrino.

Y hoy prosigues sola tu jornada,
esparciendo cruel dolor en canto,
porque al ser mujer equivocada,
que a cambio de amor le dieron llanto.

Desolación

A mi madre

Tu recuerdo trae despertar de angustia
y vive perpetuamente en mi memoria.

Un manto de soledad me cubre el alma
y el arroyo de mi llanto se ha secado.

La piel verde de mis campos está mustia
y el viento al pasar les deja un gemido.

En esta desolación madre del alma
hasta mi aliento vital quiere ausentarse.

La campana de tu voz llega a mi oído
con un ritmo de ternura en su tañido
haciendo latir mi corazón ya viejo,
donde vives atrayente y venerable
como antes, y como siempre madre mía.

Descansa en paz

Ante la tumba de Doña Noemí Castellano de Fuentes

Sobre la fosa que guarda los despojos
de vuestra madre aquí en el Campo Santo,
hoy le dejo recuerdos en manojos
que llevan el rocío de mi llanto.

Por eso estoy aquí, puesto de hinojos
para ofrendar las flores de mi canto,
mientras se nublan en dolor los ojos
y el alba viste doloroso encanto.

El sol derrama en tonos peregrinos,
como un llanto de luz sus rayos finos
y sobre el nevado sepulcral decora.

A flor de labios la plegaria brota,
y la silente calma queda rota
con un descansa en paz noble señora.

Tintura

¡Qué fresco y qué lozano pasa
el viejo solterón
con los grisáceos cabellos fósiles
y los bigotazos de general ruso
untados de cosmético!
La tintura negra, brillante,
repara la obra de los cromóforos
que por las marañas capilares
devoráronle el lustre juvenil.
El pobre viejo solterón
parece un retrato retocado
en que un poco de negro de humo
tapa la amarillez de los años.
Lo rechiflan las gentes duras,
lo motejan de afeminado.
Yo veo en él un rebelde,
un héroe que lucha contra el tiempo,
que no quiere rendirse al enemigo,
y que con un cuarto de tintura
y un bote de oloroso ungüento
pone a raya el numeroso ejército
de los días que se amotinan,
de los ásperos días tercos,
invasores de la juventud,
fríos heraldos de la muerte.
Viejo amigo, si yo pudiera regalarte
(Voronof se ha especializado
en rejuvenecimiento de carneros
y superproducción de lana)
el elixir de la larga vida

o un frasco de formol de primavera
para que años no descompusieran…!
A pesar de tu frescura artificial,
¡ya eres una momia viva!
¿Escribes una carta de amor
con tus tintas rejuvenecedoras?
Narciso de sesenta años,
viejo de alma de doncel,
¡Cuida no vayas a trocarte,
a la orilla del agua cuarzosa
del remanso del espejo,
en un florón de papel!

Mi madre es un árbol

Mi madre es un árbol,
un árbol moreno.
Corteza de arrugas,
corazón de armiño.
Un árbol ya triste.
Cobija de ramas,
aroma de cielo
y frutos de amor.
Mi madre es un árbol.
Su sombra es cariño,
su savia es ternura,
sus hojas bondad.
Un árbol ya viejo
que luce torcido,
con marcas que el tiempo
a su paso dejó.
Mi madre es un árbol
ya casi marchito
que tengo plantado
aquí en mi jardín.
Un árbol que riego
solicitante,
cuidando no seque
su vieja raíz.
Mi madre es un árbol
con blanco follaje
corteza de arrugas
corazón de armiño.
Un árbol que riego
con lluvia del alma

y mi savia roja
de sus propias venas.

A Mireya Santana

Mieles brotan del estuche de tu boca,
Y en tus mejillas florecen los vergeles,
Retocan tu cuerpo eróticos pinceles,
Encantadora mujer que amar provoca
Yo vi musitarse en tus labios los claveles
Ante ti se inclina el sol, tiembla la roca.

Sembradora de ilusiones en las almas,
Atormentas al pasar con tu escultura
Nívea y bella, que se cimbra cual las palmas
Torneadas de tu venústica cintura
A ti te canta mi lírica trompeta,
Nardo viviente, portento de hermosura
A ti, que hiciste de mí, a tu poeta.

Preciosa cruz

A Doña Juana M. Avendaño

Engalana tu frente la corona
que el tiempo puso llena de diamantes.
son límpidas arrugas que flamantes
tu canosa sien, honra y blasona.

Tus hijos, son heraldo que pregona
de tu labor los méritos brillantes.
Son tus virtudes perlas rutilantes
y bellos cantos que la aurora entona.

Eres amor, dulzura, eres la luz
que ilumina a tus hijos el camino
y con ellos formarás preciosa cruz
que perpetúe vuestros sacros lazos;
tú, columna central, leño divino
y Benilda y Luis, serán sus brazos.

Rosa y sagrario

Tu rostro de ingénita prestancia,
coronado por tu blanco pelo,
es la rosa llena de fragancia,
que yo cuidé con amor y celo.

Porque admiro tu belleza rancia,
y es mi único y sincero anhelo,
que tu sigas reinando aquí en mi estancia
con tus pétalos de arrugas y de cielo.

Porque eres mi rosa y mi sagrario,
y mi fuente de amor y de ambrosía,
en mis horas de triste solitario.

Porque eres arpegio y melodía
al rezar, pasando tu rosario,
pidiéndole a Dios la suerte mía.

Junto al agua de la alberca

A mi madre, en el segundo aniversario de su muerte

Junto al agua de la alberca
dan tus nardos su fragancia.
A dos años de distancia
te siento, madre, tan cerca…

¿Qué has hecho en ese intervalo
en que se alarga mi pena?
Si tu vida astral es buena,
no me importa el sino malo.

Recordando tu amor santo
por tu tierra madre ida,
he muchas lunas dormidas
en la paz del camposanto,

abrigué sus huesos yertos
en tu cripta de escayola,
para que no estuvieras sola
en la mansión de los muertos.

Y así un dolor compensaste
con sublime regocijo,
pues, si aquí dejaste al hijo,
allá a la madre hallaste.

¿Vas en su fiel compañía
por esferas milagrosas,

mirando brillar las rosas
al sol del diuturno día?

¿En los etéreos confines
en los cósmicos esteros,
ves germinar los luceros
de los celestes jardines?

¿Sabes de la oscura suerte
cuál es la norma escondida,
y cómo y por qué la vida
se eslabona con la muerte?

¿Y la ciencia que adquiriste
en aquel plano elevado
la visión te habrá borrado
de nuestro mundo tan triste?

¿Ignoras mi turbio duelo,
mi amargura por tu ausencia,
bajo la dura inclemencia
de la suavidad del cielo?

¿Y tus ojos fantasmales
acaso no habrán leído
en mi corazón dolido
la página de mis males?

Pues, en ti, mi fe y mi culto;
y, si pasaste, aún conservo
tu virtud cual vivo acervo
y tu cariño insepulto.

Desde tu incógnita zona,
desde tu enhiesta montaña
tu voluntad me acompaña
y tu saber me alecciona.

(Más esto es sólo ilusión,
y ¡ey! la torva realidad
es que por la eternidad
ya perdí tu corazón.

Que yezgo en moral inopia,
que tu ternura me falta
y que en lo que en mí resalta
de ti, es apariencia y copia.

Que se me escape la esencia
de tu espiritual sustancia,
que no hay en el mundo instancia
ni sede de tu conciencia.

Lacerado pensamiento,
Llorosa filosofía
Que quiere alzarse en vigía
Sobre la torre del viento.

Ensueño del misticismo,
que amor y dolor celebra,
verde escala que se quiebra
sobre el flanco del abismo.

Y el hombre se queda a solas
en angustias recolectas,
viendo girar las veletas,
oyendo gemir las olas.

La tierra sus formas crea
para vivir un instante,
como la relampagueante
espuma de la marea.

Marea vital que asciende
transida del sol y luna,
pero que en su misma cuna
se desmaya y se distiende.

Las almas son como arenas,
como flores en panojas,
como ejércitos de hojas,
como nubes de falenas.

Júntanse en vasto aquelarre
en la noche soñadora,
irísanas con la aurora…
y el loco viento las barre.

Bajo el cielo inmensurable,
bajo las altas estrellas,
no quedan signos ni huellas
de su existencia mudable.

Pero cuando así razono,
confuso a la vez me digo
que en este mundo enemigo
el hombre instala su trono.

Parece que se derrumba
el yo en letal inconsciencia,
¿pero es esa apariencia
la realidad de la tumba?

Pienso en ti… Rútil, desata
sus giros la audaz quimera
y la razón se exaspera,
más la verdad se receta.

La reflexión y el anhelo
en vano escrutan el campo:
tras cada efímero lampo,
alzan las sombras su vuelo.

Y cuando la luz sus trismos
en la noche desparrama,
se descorre un panorama
de cráteres y de abismos.

Tu destino me desvela.
La ignorancia me tortura.
Yo no sé si tu alma pura
alienta aún, brilla, vuela.
Y es infructuoso mi empeño
De presentirte y de hallarte.
Logro sólo vislumbrarte
Por los caminos del sueño.

Pero tan breve renaces
en mi ilusoria ventura
como cuando en noche oscura
pasan estrellas fugaces.

No sé por qué no me auxilia
en tu busca el subconsciente,
cuando surges, dulcemente,
a la luz de la vigilia.

Si en tu imagen aún estás viva,
yo no comprendo tampoco
por qué, si en sueños la evoco,
se me nubla y se me esquiva.

¿Se habrá por siempre abolido
tu voluntad torturada,
en el horror de la nada,
en la quietud del olvido?

¿O es que, cuando se escinde
el hombre en mortal lacería,
entre espíritu y materia
se traza eterno deslinde?

¡Quién sabe si tu alma ronda
en torno de mí, y acaso
porque no sienta su paso
se me esfume y se me esconda!

Se enrosca sobre mis sienes
el vértigo de la cima,
pero un algo me reanima;
¿será que tú me sostienes?

Aún irreal, madre mía,
tu ensalmas mi pesadumbre.
Si hay la cima, habrá la cumbre.
Tras la noche torna el día.

Sin los humanos sentidos,
se igualan astros y abrojos.
¿Qué vale el color sin ojos:
la música sin oídos?

¿Para qué campos, orillas,
cielos que nubes decoren,
sin consciencias que valoren
sus profusas maravillas?

Orden, belleza, armonía
para la materia bruta…
¡es ofensa a la absoluta
y eternal sabiduría!

Por eso el orbe requiere
grandores proporcionales,
testimonios inmortales,
no un alma que mira y muere,

que brilla y desaparece,
como parva mariposa,
mientras la máquina hermosa
de los mundos permanece.

Con las razones que siente,
O que intuye o imagina,
Mi inquisición se encamina
Hacia tu ser trascendente.

Yo te miro en tu fijeza
de eviternas claridades.
Cuando del tiempo te evades,
tu vida perenne empieza.
A la altura me señalas
con índice de virtudes.
Por sobre los ataúdes
bate la razón sus alas.

Y hay otra vida, prendida
como yedra a mi memoria:
tu vida pasada, gloria
y sol y sal mi vida.

Espejo de lo que fuiste.
Presencia de lo desecho.
Tu sangre late en mi pecho.
Tu sombra amada persiste.

Tu ayer del recuerdo emana
y mi presente diluye,
como un arroyo que fluye
desde la sierra lejana.

Como un arroyo que trueca
los eriales en verdores
y que van regando flores
por la llanura reseca.

Como murmurio de estío
que al coro hiemal se junta.
Como alba que despunta
sobre un paisaje sombrío.

DANIEL HERNÁNDEZ LUENGO



Mi dulcinea

Ninfa del olimpo esplendoroso,
atildas con tus dotes de náyade
la amalgama fija de las pléyades,
que celosas, añoran tu perfección.

Resides en la cumbre del encanto
donde yace el manantial de tu postura,
prodigio creado por la natura
de seres únicos casi en extinción.

¡Armoniosa voz que alimenta el alma,
dime su lindo nombre con premura!,
hazme el acreedor de su ternura
antes que reine en otros la ambición.

¡Oh! cuanta grandeza del padre creador
se aprecia en la sagrada figura,
¡Bías!, ¡Quilón!, revelen pronto la hechura,
de esa magnánima obra con precisión.

Fuga de quimeras

El tiempo da vida a la esperanza,
la cual, aguarda tu regreso…

Yo no sé si cuando ella se aleja,
nuestra estrella se enciende cada noche,
si los sueños escasean sin derroche,
o si se acuerda de mi cuando me deja.

Yo no sé si es sencillo para ti,
confinar del edén tanto embeleso,
hilvanar las utopías con tus besos,
o encender el cielo oscuro para mí.

¡Y es que hay tantas cosas que no sé!
como el transitar de lo real a lo irreal,
de esta historia que se niega a acabar
hasta el punto de no entender lo que es.

¿Por qué es tan difícil dejarte ir?
¡es que acaso no entiendes que me niego
a cumplir tu capricho de decidir,
pues, en mi corazón siempre te llevo!

Mientras tanto sigo aquí;
inventando maneras de poderte hallar,
escribo poemas para ver si estas
tendida en letras por mi esperando.

El cuento de Abelardo

Ya vez, no fue difícil olvidarte,
ni arrancar tus recuerdos de mi vida;
esa hoguera de amor que había encendida
en mi alma se apagó para no amarte.

Si con intenso ardor llegué adorarte
creyendo mi pasión correspondida,
enojo no me causa tu partida,
ni llego en mi rencor a despreciarte.

Y aunque no te reprocho, ni maldigo,
no quiero ni siquiera ser tu amigo;
nuestras vidas son sendas separadas,
más te pido sin trucos y sin tretas,
que vengas a buscar las pantaletas
que en mi carro dejaste abandonadas.

Tanto tiempo ha pasado que, yo mismo
me asombro de lo mucho que he cambiado,
mis cabellos con los años se han plateado
y al espejo veo con gran positivismo.

Me refleja una imagen que el cinismo
y el orgullo mundano en mi arraigado,
oculta la aridez de un rostro ajado
aunque en mi alma no habita el egoísmo.

¡Envejeciendo estoy quien lo diría!,
y quien acaso en mi conocería,
aquel joven que ayer con disoluta

manera de vivir tan altanera,
se agarraba a coñazos con cualquiera
por el amor de una perversa puta.

Introversión

¡a nuestra manera…!

Tibio manjar que acicala mi lengua
con sus fluidos internos de miel,
rugosos riscos forrados en piel,
se elevan al tacto sin mucha tregua.

Erizada tez que conlleva a la pasión
por lujuriosos juegos definidos,
en un festín de amantes desmedidos
que extasiados oscurecen la razón.

Tierno capullo que en postura opuesta
detalla sus pétalos comestibles,
y, encendidos de amor inmarcesible
exigen con premura irrigar su huerta.

Escenas lindas de un grandioso valle
rodeado por tiernos labios macizos,
que conducen sin duda al paraíso,
tras suntuosos gemidos de mujer.

Y en ese momento de máximo esplendor,
se estrujan los cuerpos alcalinos,
vibrando en orgasmos paulatinos,
al compás de un beso embriagador.

Albacea

a Octavio Hernández
In Memoriam

¡Erudito, areópago del saber,
sucesor predilecto del parnaso,
fuiste luz que sosegó el ocaso
del valiente neófito al emprender,
la quebradiza senda de las letras;
que, confiado en tu límpida instrucción,
remozó el amor hacia la educación
por tu más excelsa deferencia!

Eterno periodista de gran talla,
fiel conocedor de lenguas antiguas,
tu abundante obra dignifica
la labor del paisano que batalla.

¡Lossada te erigió como academia,
viejo bardo de la eterna sonrisa!,
prosa y verso retozan por la brisa
de los juglares que aún te apremian.

Alzaste el blasón de tu hidalguía
de forma serena y elegante,
fuiste dramaturgo de exquisito arte
haciendo en escenas, maravillas.
¡Y, hoy, pletórico de alegría
rindo homenaje descollante,
a aquel caballero fascinante,
de eximias letras y honda sabiduría!

Sicofanta

a JRG

Altivo, adocenado, altanero;
antepones ambiguas aserciones,
asumes aciago, atroces acciones,
asiduo abusador, andadero.

Adulas ágilmente acorralado,
amenazas aflorando arrogancia,
aforas adornada alternancia,
ante aquel aumento acobardado.

Andas alardeando aún atrevido,
adjudicando alevosía agravante;
¡áspid, asno, andrógino aburrido,

ahogas, apestoso, aberrante;
apodado andrajo aborrecido,
adicto, alocado, alucinante!

Como una vez soñé

Confiné los recuerdos de esa vez;
esos que saturan con su savia
el ideal del imaginario fecundo.

Transformé sonrisas en sueños
en el preludio de cada amanecer,
haciendo reverdecer
los adosados rincones
donde el umbral habita,
y, donde la esencia, se inmuta en el silencio.

Yo corrí tras de ti, en ese espacio etéreo,
buscando fusionarme con tu piel;
para nunca más volver a perderme en el ayer,
que arde, que quema como incienso.

¡Bésame, ahora somos uno solo,
viajemos lejos a la eternidad
envueltos siempre en luz de oro,
como una vez soñé!...

Ruth Yrmis

Madre, primer amor que siente el hombre
y lo grava en el alma eternamente.
Es una exclamación, ¡bendito nombre!,
que se pronuncia incluso muy silente.

Bella como el canto matinal del ave,
es un amor sin dolor ni dimensión,
como el plumaje de la garza suave,
y fiero y bravío, como el corazón.

Es canción de protesta, es un lamento,
es ancho como el mar y como el mundo,
y al igual que el humano pensamiento
encuentra estrecho el ámbito rotundo.

Así de grande es el amor de madre,
y de potente y tal irradiación,
que opaca sin querer la luz del padre,
y lo convierte en chispita de fogón.

Es un prodigio de aguijón y flores,
y de fuerte verano o primavera.
Es el símbolo de todos los amores,
diáfano y puro como luz primera.

A Federico Barboza

Sobre la comba del cielo celeste,
ya se asoma la pálida linterna.
Las olas gimen al llegar la noche
regando con sus llantos las orillas.

Como si fueran pájaros de luz
en rededor de la inerte esfera,
aparecen volando las estrellas
iluminando el natural paisaje.

Y entre peces, chalanas y atarrayas
donde teje su sueño el pescador,
con su carga de peces y esperanza,
a la brisa recita el cantador.

Quinto abuelo

A Pedro Hernández

Caballero ejemplar de inmarcesibles
ideas y aquilatados principios morales

Egregio, rutilante, de gran talla;
con honor adosaste nuestra gesta
colmada de inquietudes libertarias.

Recorriste a galope los senderos,
en el anchuroso umbral de los sueños,
y en la aventura de lo inimaginable.

Eximio protector del harapiento.
Socorriste a almas decadentes
sumergidas tras furtivos lamentos

hasta casi el final de tu partida,
feneciste a mitad de la cruzada
en la magnánima obra de tu vida,

dejando así el humilde hogar,
en la ataraxia sombría del espasmo,
donde rebullían las penas al llorar.

BIBLIOGRAFÍA

• Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos. José María Rojas.
• Juicios críticos y biografías. Manuel Dagnino.
• Parnaso venezolano: Colección de poesías de autores venezolanos desde mediados del Siglo XVIII. Julio Calcaño.
• Rosas Marianas. Jesús Á. Parra Semprún.
• Los poetas cantan a Miranda. Sociedad Bolivariana de Venezuela, Centro Correspondiente del Estado Zulia.
• Dos poesías por Octavio Hernández. Petare. Tipografía del nuevo Estado Miranda.
• Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes. Ofrenda al Gran Mariscal de Ayacucho. Tipografía El Cojo I Parte – Tipografía Moderna II Parte.
• Biblioteca de Escritores Venezolanos. José María Rivas.
• Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano. Ángel Raúl Villasana / Banco Central de Venezuela.
• Don Pedro José Hernández. Parnaso Venezolano. Imprenta de la librería de A. Bethencourt e hijos.

Contenido

AGRADECIMIENTOS 7
DEDICATORIA 8

PEDRO JOSÉ HERNÁNDEZ MORENO 9

Madame Macallister 10
Metromanía 12
Idilio 15
Tributo de Cariño 22
A la niña Alice 24
Sueños 25
La vuelta a la patria 27
Querella de un triste 31
Bendición de año nuevo 39
Lágrimas del destierro 43
El Rosalito 49
Alborada de la muerte 52
A la muerte del sentido joven 54
El gemido de la tarde 57
Tus ojos 61
Zarandajas 63
Certificación 64
La feria 65
A la memoria de la señorita Encarnación Angulo 67
Travesuras del eco 69
La maracaibera 72
En el álbum de Engrancia 76

OCTAVIO HERNÁNDEZ ARRIA 77

Loa a España 79
Consonancias 80
Irene 81
Miranda 86
Homenaje a la colonia cubana 87
A nuestra señora de Chiquinquirá 89

Urdaneta 90
Raquel 91
Carmen Teresa 101

ARMANDO HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ 107

Tus tres amores 109
Evocaciones 110
A mi padre 111
Equivocada 112
Desolación 113
Descansa en paz 114
Tintura 115
Mi madre es un árbol 117
A Mireya Santana 119
Preciosa cruz 120
Rosa y sagrario 121
Junto al agua de la alberca 122

DANIEL HERNÁNDEZ LUENGO 131

Mi dulcinea 133
Fuga de quimeras 134
El cuento de Abelardo 135
Introversión 137
Albacea 138
Sicofanta 139
Como una vez soñé 140
Ruth Yrmis 141
A Federico Barboza 142
Quinto abuelo 143

BIBLIOGRAFÍA 144

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 29 días del mes de junio de 2023, el mismo día pero de 1941 en que murió el pintor zuliano Manuel Puchi Fonseca.